

RANAHIT GUHA Y LOS «SUBALTERN STUDIES»

Ranahit Guha nació en 1922 en un poblado de Bengala occidental, en una familia de propietarios medios. Su abuelo le enseñó bengalí, sánscrito e inglés, y su familia le envió a estudiar a Calcuta. Durante estos años se hizo marxista, ingresó en el Partido comunista de la India y se entregó a un activismo que perjudicó su rendimiento en los estudios. De hecho, las actividades políticas marcaron su vida desde 1942 a 1956: viajó por Europa, por África del norte y por el Oriente próximo, pasó por China después de la revolución y, de retorno a la India, en 1953, actuó en los medios obreros, a la vez que empezaba a trabajar en el campo de la enseñanza. En 1956, a consecuencia de los acontecimientos de Hungría, abandonó el partido comunista.

*Marchó a Gran Bretaña en 1959, donde permanecería veintiún años, trabajando en las universidades de Manchester y de Sussex. En Manchester escribió su primera obra histórica importante, *A rule of property for Bengal. An essay on the idea of Permanent Settlement (Una regla de propiedad para Bengala)*, publicada por Mouton en 1963.*

*En 1970-1971 volvió a la India, con motivo de disfrutar de un año sabático en su trabajo. Había firmado un contrato con una editorial para escribir un libro sobre Gandhi, pero su contacto con estudiantes maoístas le hizo cambiar de idea y decidió dedicarse a investigar a fondo las revueltas campesinas. El primer resultado de esta línea de trabajo fue un artículo que apareció en la India en 1972 y, en una versión ampliada, en el *Journal of peasant studies* en 1974: «*Neel Darpan: La imagen de una revuelta campesina en un espejo**

liberal».¹ Esta investigación culminaría en su segundo libro, *Elementary aspects of peasant insurgency in colonial India (Aspectos elementales de la insurgencia campesina en la India colonial)* (1983), que escribió mientras enseñaba en la Universidad de Sussex, sin ningún tipo de beca ni ayuda.

Al propio tiempo mantenía reuniones y debates con un grupo de jóvenes historiadores indios que vivían en Gran Bretaña, de los cuales surgió el proyecto de editar una serie de volúmenes que responderían al título de *Subaltern studies. Writings on South Asian history and society*. Su idea era publicar un total de tres volúmenes, el primero de los cuales apareció en la India en 1982 y el tercero en 1984. El éxito alcanzado —de cada uno de estos volúmenes se hicieron unas cinco reediciones— les llevó a continuar la serie con nuevos volúmenes, que Guha dirigió hasta el sexto, publicado en 1989, y que ha seguido después con equipos de dirección diversos.² A fines de 1980 Guha se incorporó como investigador a la *Research School of Pacific Studies* de la *Australian National University*, de Canberra, donde llegó a profesor emérito del departamento de Antropología.

Lo que me interesa, más que seguir su vida, es referirme a las líneas principales de su pensamiento, comenzando por su primer libro sobre el «*Permanent Settlement*» en Bengala.³

De este libro dirá Guha en el prólogo a su segunda edición que fue «concebido en un clima académico hostil en su suelo nativo y declarado indeseable antes de su nacimiento», puesto que rompía con ideas establecidas en la historiografía india: ideas demasiado simplistas de enfrentamiento entre dominadores ingleses movidos tan sólo por el interés, contra indios explotados. Guha mostraba que los administradores ingleses de la compañía de las Indias, guiados por el pensamiento fisiocrático, quisieron transportar a la India las normas que en Inglaterra habían servido para combatir el feudalismo.

1. «Neel-Darpan: The image of a peasant revolt in a liberal mirror», *Journal of peasant studies*, 2, n° 1 (octubre de 1974), pp. 1-46.

2. Todos han sido publicados en Delhi por Oxford University Press.

3. *A rule of property for Bengal. An essay on the idea of Permanent Settlement*, París, Mouton, 1963; segunda edición, Nueva Delhi, Longman Orient, 1982; tercera, Durham, Duke University Press, 1996, con una introducción de Amartya Sen. Esta tercera edición es la que he usado.

mo y promover el crecimiento económico. Tras muchos proyectos, tanteos y discusiones, el proceso culminó en Bengala con la imposición del Permanent Settlement de 1793, que fijaba permanentemente los impuestos sobre la tierra y, en contrapartida, aseguraba su propiedad a los que en aquel momento la controlaban. Los administradores coloniales se basaron en su «veneración por la propiedad privada» y en la idea de que estas reglas, que en Inglaterra habían ayudado a liquidar el feudalismo y a promover crecimiento, tendrían los mismos efectos en una sociedad que interpretaban que era como la suya, pero con un atraso considerable en la vía del progreso.

Pero, irónicamente, al transplantarse a la India por la potencia capitalista más avanzada de aquel tiempo, este proyecto fisiocrático fue responsable de la construcción de una organización neo-feudal de la propiedad de la tierra y de la absorción y reproducción de elementos precapitalistas en un régimen colonial.

La ley creó una clase media de propietarios absentistas, como la familia del propio Ranahit Guha, quien nos dice que los medios de vida de los suyos dependían «de fincas remotas que nunca había visitado» y que su educación «estaba orientada por las necesidades de la burocracia colonial, que reclutaba la mayor parte de sus miembros entre los descendientes de quienes habían sido beneficiarios de aquella ley». Así se creó una clase media al servicio del imperio británico, que fue la que más tarde nutrió el nacionalismo indio, y que necesitó entonces reinterpretar la historia de la colonia para presentarla como un relato de los abusos del imperialismo que esta misma clase media habría acabado derribando. El enfoque de Guha mostraba la actuación de los británicos en este terreno como determinada primeramente, no por sus intereses inmediatos, sino por unas ideas que les habían llevado a una decisión equivocada, que tuvo efectos contrarios a los que se habían propuesto en el terreno económico, si bien tuvo para ellos el efecto positivo de asegurarles el apoyo de los beneficiarios de la nueva situación. Este análisis desmitificaba los esquemas de la historia nacionalista y resultaba lógico que sus primeras formulaciones, publicadas en la India antes de su marcha a Inglaterra, fuesen mal recibidas, y que el libro acabase escribiéndose y publicándose en Europa.

Su obra posterior llevó esta desmitificación de la historia nacionalista india en otra dirección más amplia y más interesante para nosotros. En el primer volumen de los *Subaltern studies* apareció una especie de manifiesto, «*On some aspects of the historiography of colonial India*» (Sobre algunos aspectos de la historiografía de la India colonial), que es el primero de sus trabajos que se ha escogido para integrar este volumen, en que denuncia el carácter elitista —«elitismo colonial y elitismo nacionalista burgués»— que dominaba en una historia nacionalista india que heredó todos los prejuicios de la colonial, con la única diferencia de que en la colonial los protagonistas eran los administradores británicos y en la nacionalista lo eran unos sectores determinados de la sociedad india. Esta clase de historia era, sin embargo, incapaz de mostrar «la contribución hecha por el pueblo por sí mismo, esto es, independientemente de la élite», y de explicar el campo autónomo de la política india en los tiempos coloniales, en que los protagonistas no eran ni las autoridades coloniales ni los grupos dominantes de la sociedad indígena, «sino las clases y grupos subalternos que constituían la masa de la población trabajadora, y los estratos intermedios en la ciudad y el campo: esto es, el pueblo». La política de estos grupos difería de la de las élites por el hecho de que, si ésta promovía una movilización vertical, la de los subalternos se basaba en una movilización horizontal y se expresaba sobre todo en las revoluciones campesinas, con un modelo que seguirían en algunos momentos otros movimientos de masas de los trabajadores y de la pequeña burguesía en áreas urbanas.

La ideología de estos movimientos reflejaba, considerada globalmente, la diversidad de su composición social, pero tenía como componente permanente una noción de resistencia a la dominación de la élite, que procedía de la subalternidad común a todos los integrantes sociales de este campo y la distinguía netamente de la política de las élites, por más que en algunas ocasiones el énfasis en algunos intereses sectoriales desequilibrase los movimientos, crease escisiones sectarias y debilitase las alianzas horizontales de los subalternos. Por otra parte, una de las características esenciales de esta política era el hecho de que reflejaba las condiciones de explotación a que estaban sometidos campesinos y trabajadores, pero también los pobres urbanos y las capas inferiores de la pequeña

burguesía. Unas condiciones que daban a esta política unas normas y valores que la separaban netamente de la de las élites. Aunque esto no signifique que en determinadas acciones, en especial las dirigidas contra el imperialismo, los dos sectores no pudiesen coincidir.

Las iniciativas surgidas de los sectores subalternos no tuvieron la fuerza necesaria para transformar el movimiento nacionalista en una lucha de liberación nacional y no pudieron protagonizar una misión en que también la burguesía había fracasado. «El resultado sería que las numerosas revueltas campesinas del período, algunas de un alcance masivo y ricas de conciencia anticolonial, aguardaron en vano una dirección que las elevase por encima del localismo y las transformase en una campaña nacional antimperialista». Es precisamente «el estudio de este fracaso el que constituye la problemática central de la historiografía de la India colonial».⁴

El análisis de los sesgos e insuficiencias de la historiografía india lo desarrollaría Guha en un trabajo fundamental publicado en el tomo segundo, «La prosa de la contrainsurgencia» —que es el tercero y el más extenso de los que se han incluido en este volumen—, a la vez que en su segundo libro, Aspectos elementales de la insurgencia campesina en la India, cuya introducción cierra esta selección de textos, estudiaba los movimientos mismos.⁵

El problema del sesgo de las fuentes le llevaba a plantearse la dificultad de llegar a la historia propia de los subalternos. Las fuentes primarias dan pie al mito de que las insurrecciones campesinas «son puramente espontáneas e impremeditadas. La verdad es casi lo contrario. Sería difícil citar un levantamiento de escala significativa que no estuviese precedido de hecho por formas de movilización menos militantes» y por intentos previos de negociación. Cuando se les busca explicación se hace con una «enumeración de causas —de, por ejemplo, factores de privación económica y política que no tienen nada que ver con la conciencia del campesino o que lo hacen negativamente— que desencadenan la rebelión como una especie de

4. «On some aspects of the historiography of colonial India», en *Subaltern studies*, I, Delhi, Oxford University Press, 1982, pp. 1-8.

5. «The prose of counter-insurgency», en *Subaltern studies*, II, Delhi, Oxford University Press, 1983, pp. 1-42; y *Elementary Aspects of Peasant Insurgency in Colonial India*, Delhi, Oxford University Press, 1983, pp. 1-17.

acción refleja». La culpa de ello es en buena medida de la naturaleza de las fuentes que nos hablan de estos movimientos, que son, en primer lugar, las coetáneas de la autoridad, que nos pintan los rebeldes como fanáticos y bárbaros. De éstas depende un discurso secundario oficial que se pretende neutral pero que parte de la aceptación del orden establecido colonial y otro más liberal, que simpatiza con los campesinos y con sus sufrimientos, pero que acaba poniéndose del lado de la ley y el orden, porque deriva de las ideas que la burguesía ascendente usó como un elemento de progreso, pero que se convirtieron en un instrumento de opresión con la expansión del imperialismo. Hay aun un discurso terciario que no sólo incluye historiadores de orden, sino también a los de izquierda, que, si condenan el imperialismo, lo hacen para situar estos acontecimientos en otro eje externo como es el de la lucha por la libertad y el socialismo. Con ello practican «un acto de apropiación que excluye al rebelde como sujeto consciente de su propia historia y lo incorpora como un elemento contingente en otra historia con otro protagonista».

El análisis de los sesgos de estas fuentes de tipo diverso, y la denuncia de las deformaciones que introduce en la investigación de los movimientos populares precapitalistas una historia lineal que, lejos de esforzarse en comprenderlos, los instrumentaliza, tiene un interés que desborda con mucho el escenario de la India, lo cual ha llevado a incluir este extenso texto como parte central de este volumen.

En el libro, publicado casi simultáneamente, Guha analizaba los movimientos de insurgencia campesina con una perspectiva muy influida por Gramsci y reivindicaba la existencia de una conciencia política en unos movimientos a los que habitualmente se les niega, por el vicio de identificar lo que es consciente con lo que está organizado y responde a un programa, generalmente a alguna forma más o menos explícita del tipo de programa que coincide con las ideas de quien analiza estos movimientos y los descalifica como prepolíticos al no encontrar en ellos los elementos que busca. Se ha incluido la introducción de este libro en nuestra selección, como complemento del texto más extenso dedicado a «la prosa de la contrainsurgencia», por el interés que tiene ver cómo se dispone el autor a aplicar sus propios planteamientos metodológicos a una investigación concreta.

En un trabajo que publicaría en el volumen VI, en el momento de su retirada de la dirección de Subaltern studies, Guha estudiaba la «Dominación sin hegemonía y su historiografía».⁶ Seguía de nuevo la construcción de una historiografía colonial británica que se apropió el pasado de la India, corriendo el riesgo de que esta construcción se la apropiase más tarde un proyecto nacionalista nativo. Dos burguesías, la colonial británica y la 'independentista' india, usarían los mismos modelos para fines distintos. Las dos compartirían la falacia de la neutralidad científica, cuando está claro que «no es posible escribir o hablar sobre el pasado sin usar conceptos o presuposiciones derivadas de la propia existencia y comprensión del presente». La historiografía liberal no sólo comparte sino que propaga las ideas fundamentales con que la burguesía representa y explica el mundo. «La función de esta complicidad es, dicho brevemente, hacer que la historiografía liberal hable desde dentro mismo de la conciencia burguesa», lo cual incapacita a quienes la practican para criticarla. Ningún discurso puede plantear una crítica a una cultura dominante mientras sus parámetros sean los mismos que los de esa cultura. En el caso de la India la historiografía colonial, al transportar a un medio distinto los análisis válidos para la Gran Bretaña de la revolución industrial, se equivocó y confundió lo que sólo era dominación con hegemonía. Porque el papel del capital no era todavía dominante en la India y las relaciones de poder se basaban aquí en el complejo dominación-subordinación. La burguesía que había conseguido establecer su dominio hegemónico en Europa, fracasó en Asia, donde tuvo que confiar más en la fuerza que en el consenso. Para disimular este fracaso recurrió una vez más a la trampa de la universalización, con la historiografía colonial contribuyendo, más que ninguna otra disciplina, a fabricar una hegemonía espuria.

Pero tal vez sea en un trabajo más breve y más maduro «Las voces de la historia»,⁷ con el que hemos querido iniciar esta compilación, donde la potencia generalizadora de las ideas de Guha resulta más evidente.

6. «Dominance without hegemony and its historiography», en *Subaltern studies*, VI, Delhi, Oxford University Press, 1989, pp. 210-309.

7. «The small voice of history», en *Subaltern studies*, IX, Delhi, Oxford University Press, 1990, pp. 1-12.

• Su análisis deja ahora de tomar la relación colonial como punto de partida para plantearse el problema más general de una ideología «para la cual la vida del estado es central para la historia». Una ideología que Guha denomina 'estatismo' y que es la que asume la función de escoger por nosotros, y para nosotros, determinados acontecimientos como 'históricos', como dignos de ocupar un lugar central en el trabajo de investigación de los historiadores.

Un 'estatismo' que en la mayoría de los casos implica aceptación y defensa del orden establecido: que convierte el curso entero de la historia en una genealogía del sistema político y social, los valores y la cultura del entorno del propio historiador. Pero que también aparece entre quienes se oponen al sistema y pugnan por reemplazarlo por otro en su opinión mejor y más justo, aunque en este caso el objetivo a legitimar no sea un estado real y existente, sino un sueño de poder, el proyecto de un estado a establecer que, una vez superada la contradicción dominante, transformará la visión de poder en su sustancia.

Aceptar esta elección que otros hacen por nosotros implica quedarnos sin opción de establecer nuestra propia relación con el pasado. La voz dominante del estatismo ahoga el sonido de una miríada de protagonistas que hablan en voz baja y nos incapacita para escuchar estas voces que tienen otras historias que explicarnos, que por su complejidad resultan incompatibles con los modos simplificadores del discurso 'estatista'. Guha lo ilustra con la historia de la revuelta de Telangana, dirigida por el partido comunista entre 1946 y 1951. Su principal dirigente escribió años después una historia de estas luchas en que el objetivo central resultaba ser el poder anticipado de su propio proyecto de estado. «Pero ¿era esto, esta historia estatista dominante, todo lo que había en el movimiento?». Algunas de las mujeres que participaron en la revuelta hablan hoy de cómo sus esperanzas de liberación, fundamentadas en las promesas de los dirigentes, se vieron frustradas. Para éstos, que pertenecían en su totalidad al sexo masculino, se trataba de promesas de reforma que quedaban para más adelante, cuando «la contradicción principal» hubiese sido superada con la toma del poder. La historia oficial de la insurrección no toma en cuenta este problema, porque lo que la ocupa es una perspectiva estatista. Y con toda la simpatía que muestra por el valor y el esfuerzo de las

mujeres, lo que no hace es escuchar lo que decían. Y es que una narración que hubiese hecho caso de estas voces pondría en discusión la preponderancia directiva del partido, de los dirigentes y, en conjunto, de los hombres, que relegan todos los demás elementos activos a la instrumentalidad.

Eso sólo puede remediarse con un nuevo tipo de historia que rompa con la lógica del relato estatista, comenzando por abandonar las convenciones de una estructura narrativa que marca un cierto orden de coherencia y linealidad que es el que dicta lo que ha de incluirse en la historia y lo que hay que dejar fuera de ella y la forma en que la trama debe desarrollarse, con su final eventual. Sólo superando este modo tradicional de narrar podrán ponerse las bases para un nuevo estilo de historia capaz de escuchar las voces bajas de todos aquellos y aquellas a quienes el discurso estatista ha marginado.

Quienes continuaron la tarea de Subaltern studies han derivado posteriormente por el camino de un postcolonialismo encandilado en su propia verborrea, que carece de la hondura y la riqueza de matices del pensamiento de Ranahit Guha. Los trabajos reunidos en este volumen tienen poco que ver con esa moda confinada hoy sobre todo al campo de los llamados «estudios culturales». En las reflexiones de Guha hay muchas sugerencias útiles para aquellos historiadores que deseen superar la crisis de una práctica que ha acabado absorbida por la cultura dominante y ha perdido su capacidad de servir como una herramienta crítica.

Es por su interés teórico y metodológico que se han reunido y traducido, no por lo que signifiquen como aportaciones a una historia de «Oriente». Por esta razón nos hemos limitado a incluir al final del volumen un breve glosario de los términos que Guha cita en las lenguas nativas, sin caer en la tentación de cargar el texto con una anotación que ilustrase los aspectos concretos de la historia de la India a que se refiere. Ello hubiese conducido a hacer engorrosa la lectura y podría inducir a la equivocación de pensar que estos textos tienen interés como una aportación a la historia de la India, o a la del imperialismo europeo, cuando su alcance es mucho más amplio. Lo que en estas páginas se dice nos ayudará, por ejemplo, a enfocar de otro modo los estudios sobre los movimientos campesinos europeos o americanos. Y debería servirnos, más allá de esta aplica-

ción directa, para repensar las bases mismas de nuestro trabajo, con el fin de contribuir a elaborar un día esta historia que no habrá de ser una mera genealogía del poder, real o soñado, sino que se esforzará en hacernos escuchar polifónicamente todas las voces de la historia.

JOSEP FONTANA

Barcelona, febrero de 2002